

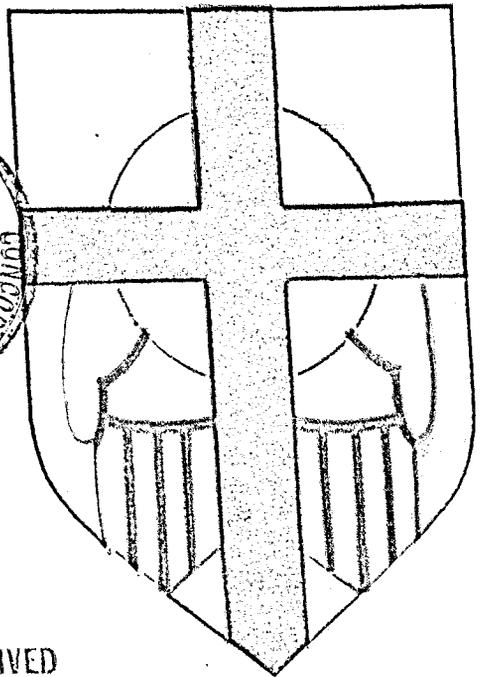
REVISTA TEOLOGICA

Publicación del

SEMINARIO
CONCORDIA



1984



RECEIVED

SEP 18 1987

*Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí,
sino para aquel que murió y resucitó por ellos.*

2 Corintios 5:15

* CONTENIDO *

EDITORIAL	1
EL CATOLICISMO POPULAR EN LA ARGENTINA	3
EL CREDO AYER Y HOY	12
I.E.L.A.: ¿DONDE ESTAS? ¿QUE HACES?	25
CONTEXTUALIZACION DE LOS ARTICULOS DE ESMALCALDA	30

Año 29 N°116 6/1984

REVISTA TEOLOGICA

Publicación trimestral del **Seminario Concordia.**

Escuela Superior de Teología de la Iglesia Evangélica
Luterana Argentina.

EDITOR: **HECTOR HOPPE**

C. C. 5 - 1655 José L. Suárez - Bs. As. Argentina

Suscripción 1984 \$a 120.- ó U\$ 6.-

EL CREDO AYER Y HOY

INTRODUCCION

Los llamados símbolos de nuestra iglesia son, en gran medida, el reflejo de lo que creemos y confesamos. El ser hijo de Dios implica vivir una experiencia religiosa, y cada uno en mayor o menor grado expresa con hechos o palabras aquello que vive y siente. Sabemos que, como hijos redimidos, es necesario que estemos preparados para presentar defensa ante todo aquel que demande razón de la esperanza que hay en nosotros. Si somos templo del Espíritu Santo, y si el Espíritu de Dios habita en nosotros, es imposible que permanezcamos como piedras muertas, sino que de alguna manera siempre seremos templos vivientes que dan un testimonio.

Por lo tanto, la vivencia mostrada a terceros, o sea el testimonio, siempre existe y existirá en el verdadero creyente. Pero esto no implica que todos los cristianos den exactamente el mismo testimonio, de la misma manera, obedeciendo al mismo modelo. A cada experiencia le corresponderá su propio testimonio. En definitiva, dejando de lado a los hipócritas, cada uno reflejará lo que vive.

Pero a pesar de la diversidad de vivencias, con el correr del tiempo la Iglesia de Cristo fue atesorando testimonios que pueden denominarse "patrones de confesión", puesto que no sólo son el resultado de una vivencia particular, o de una circunstancia histórica especial, sino que son, ante todo, consecuencia de una vivencia cristiana real y dinámica. A estas formulaciones se las ha llamado símbolos, porque simbolizan, representan, a la Iglesia. Son el estandarte de una institución divino-humana. Sus orígenes no se dieron a la necesidad de tener uno o varios escritos "representantes" de la Iglesia, sino que esta fun-

ción la adquirieron con el correr del tiempo, y como consecuencia de la asimilación y el uso que tuvieron.

Uno de estos escritos es el llamado Credo Apostólico. Es el más conocido de los escritos extrabíblicos dentro y fuera de la Iglesia. Ha llegado a ser el "símbolo" por excelencia, pero a pesar de ser el más conocido, no siempre es bien empleado. Lamentablemente, la mayoría de las veces se lo recita sin saber su verdadera implicancia y significado. Por su importancia ha sido incluido en la liturgia, y es, junto con el Padrenuestro, la cita infaltable de la mayoría de los actos cúltricos.

Es quizás el primer tratado de dogmática fuera de la Biblia. Su formulación es tan precisa, simple y exacta, que difícilmente podría ser mejorada u objetada. Muchas pruebas lo desacreditan como obra directa de los apóstoles, pero esto no quita que, no obstante ello, sea la confesión de fe por excelencia, y encierre en sí mismo el más puro y genuino testimonio cristiano que pueda llegar a ser dado. Es por eso que ingresa con honor al Libro de la Concordia de 1580.

La historia, lamentablemente, no nos da datos precisos acerca de su origen, pero de todos modos puede saberse que el Credo Apostólico se formuló en un medio en que ya se comenzaban a vislumbrar las primeras herejías y disidencias con la doctrina enseñada por los apóstoles. Nos agradaría que fuese realmente verdad aquella tradición de que los apóstoles uno por uno fueron mencionando una frase hasta concluir con esa declaración de tan buen acabado y coherencia. Pero también nos conformamos con saber que este escrito fue una fuerte columna dentro de la verdadera iglesia de Cristo de todos los tiempos. Nos conformamos sabiendo que este escrito fue la confesión de tantos grandes cristianos desde los anales de la iglesia hasta hoy. Por eso lo seguimos usando aún hoy en nuestros cultos, a pesar de los que están en contra del culto con liturgia fija.

Pero cabe una pregunta: ¿Todos los que usan el credo como confesión han querido y quieren expresar exactamente la misma fe y el mismo sentir? Lamentablemente no. Así como tantos no han comprendido lo mismo respecto de Jn. 3:16, Ro. 3:28, o Ef.2:8,9, tampoco todos los que confiesan su fe mediante el Credo Apostólico quieren decir lo mismo. Los hombres, por nuestra debilidad e incapacidad, necesitamos que siempre se nos expliquen o amplíen las cosas. Por eso, al Credo Apostólico tuvo que seguirlo el Ni-

ceno, y a este al Atanasiano, y a ellos tuvieron que seguirles tantos otros escritos y tratados dogmáticos. No es que la Escritura inspirada por Dios sea poco clara, sino que siempre hubo mentes que llegaron a ella con propósitos preconcebidos, y, como resultado de ello, gran cantidad de hombres fueron engañados porque la interpretación tendenciosa de uno pasó a ser la enseñanza oficial para muchos otros.

Si como creyentes luteranos hoy nos preguntaran qué es lo que creemos, sin ningún tipo de problemas podríamos recitar el Credo Apostólico. Pero si a un católico romano se le requiriera lo mismo, también este podría responder con la misma fórmula. Por lo tanto, he creído necesario hacer un estudio del escrito en cuestión, que refleje realmente qué creo cuando confieso mi fe por medio del Credo Apostólico, ayudando a revelar el profundo contenido doctrinal y testimonial que contiene.

El Dr. Martín Lutero realizó en su Catecismo Menor una magistral explicación de este texto. Pero lo que se pretende en esta oportunidad es, en cierto modo, hallar la razón del por qué se incluyó tal o cual término, por qué se incluyó tal o cual artículo de fe, y por último, determinar qué es lo que queremos decir hoy, cuando usamos esta magnífica formulación de fe.

INTERPRETACION

CREO EN: ¿Qué quiero decir cuando digo que "creo en" algo? Lo que quiero decir es que eso para mí es la verdad. Lo creído es irrefutable, y el decir "creo", estoy comprometido a defender mi posición respecto de lo creído. En todo el Credo Apostólico, el único verbo que se emplea en primera persona es precisamente la primer palabra. No digo "creo que", sino "creo en", y cuando "creo en", es porque estoy convencido de algo. No podré dar pruebas materiales de lo que creo, pero estoy tan seguro de lo que creo, que soy capaz de dar mi vida por ello. Cuando "creo en", no necesito pruebas como Tomás, porque "la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hb. 11:1). No digo "si no lo veo, no lo creo", sino que toda mi vida depende y actúa en relación a lo creído, como si lo estuviera viendo de la forma más patente. Decir que se cree es lo mismo que decir: doy fe, atestiguo, sé, confieso, y estoy dispuesto a morir por ello; por eso puedo decir junto con San Pablo, "Yo

sé a quien he creído".

DIOS PADRE: Creer en un Dios, o al menos estar persuadido de la existencia de un ser superior, es cosa común y corriente. Pero creer en Dios Padre no es tan común. Creer en Dios Padre me coloca inmediatamente en la condición de hijo y subordinado. Sin duda, para que confesemos así, ha sido necesario que antes ocurriera algo fundamental en nuestra vida: haber recibido a Cristo, y por ese hecho, recibir también el Espíritu de adopción, por el cual recién entonces clamamos: ¡Abba, Padre! (Ro. 8:15). El poder o no poder confesar a Dios como Padre, determina el ser o no ser de nuestra fe. El que confiesa a Dios como Padre, con todo lo que ello implica, de seguro posee la verdadera fe salvadora, puesto que ha llegado a ese Padre a través del único camino, la verdad y la vida (Jn. 14:6).

TODOPODEROSO: A Dios se lo puede definir de muchas maneras. La filosofía, la historia, la teología, y la ontología pueden definir a Dios. También podemos definirlo a partir de los atributos con que él mismo se ha revelado. Sabemos que es omnisciente, omnipresente y eterno. Pero si debiéramos elegir un sólo término, elegiríamos todopoderoso. ¿Por qué? Porque encierra prácticamente a todos los atributos absolutos. Si digo y creo que El es todopoderoso, estoy afirmando "que nada es imposible para Dios" (Lc. 1:37). Con "todopoderoso", estoy declarando que tiene poder como para crear, condenar o salvar sólo por su gracia. El Dios Padre todopoderoso es la mejor y más exacta definición que se pueda dar en tres palabras de un Dios en el cual "creemos sin haberle visto" y en el cual "confiamos sobre todas las cosas".

CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA: Esto, sin duda alguna, sólo podrá decirse si hemos comprendido y aceptado fehacientemente lo anterior. Una "fuerza superior" puede hacer algo; pero un Dios todopoderoso puede crear el mundo en seis días, puede crearnos a nosotros, y puede sostener por su providencia este mundo con mucho más facilidad que nosotros al hacer un barquito de papel. Aquí vienen al dedillo las palabras de Lutero: "Creo que Dios me ha creado y a todas las criaturas..." También el Salmo 148 es una clara expresión de un espíritu que confiesa a Dios como autor y sostenedor de todo lo creado. Son las palabras de alguien que confiesa sin titubeo alguno: "porque él

mandó y fueron creados..."

Es lo más absurdo creer que se puede conciliar a Cristo con un hombre proveniente del mono. Si nos entra una pequeña duda a este respecto, inmediatamente la obra redentora de Cristo deja de tener su significado real y verdadero. Dios no envió a su Hijo para salvar a monos evolucionados, sino para redimir a la propia obra de sus manos a la cual insufló vida por su soplo divino. Muchos, para estar en "onda", hoy en día, afirman que el mundo es el resultado de una casualidad evolutiva; pero los hijos de Dios no nos avergonzamos de declarar que el universo es obra del poder infinito de Dios.

En resumen, podemos decir que todo este primer artículo tiene el propósito de definir al Dios Padre. Reconocerlo como primer persona de la Trinidad y creador-sustentador del universo. Este mismo Dios es poderoso y castiga el pecado, mal en el cual estamos implicados todos. Pero por su gran misericordia, él mismo también ha enviado a su Hijo Jesucristo, el verbo que es desde el principio, para obrar la redención en favor de todos nosotros.

Y EN JESUCRISTO: Se sigue el orden de la fórmula bautismal. Allí se menciona primero al Padre, luego al Hijo, y por último al Espíritu Santo. Este orden no implica que uno de los tres sea mayor o inferior, sino que los tres son uno en coigual gloria y majestad.

¿En quién creo cuando digo "creo en Jesucristo"? ¿Quién es Jesucristo? Jesucristo es, ante todo, verdadero Dios. El es el Hijo de Dios enviado al mundo, que se hizo hombre, que fue en todo como un hombre, menos en el pecado. Jesucristo es el nombre que lo define en lo personal y por su función. El "creo" no se repite para que todo forme una unidad, porque en definitiva creemos en una sola esencia divina. El "creo" todavía resuena en el oído. Ese "creo" ha sido lo suficientemente fuerte como para descansar ahora en la segunda persona de la Trinidad. Había sido precisamente en torno de Jesucristo, que se habían tejido las primeras dudas. Por un lado, los docetistas, que negaban su humanidad, y por otra parte, tendencias como el arrianismo, que negaban su divinidad. Por eso era necesario resaltar los puntos fundamentales acerca de su vida y obra, por los cuales alcanza un real significado en cada uno de nosotros.

Jesús es el nombre personal. Se llamaría así porque él salvaría a su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21). Cristo es el Ungido, el Mesías del Antiguo Testamento. Es el ungido de Dios, que llevó a cabo su misión salvífica desempeñando los oficios de sacerdote, profeta y rey.

SU UNICO HIJO: Esta mención no se puede pasar por alto al hablar de Jesucristo. Dios no envió a un ángel para redimir al mundo, ni tampoco escogió a un hombre, sino que debía ser su propio y único Hijo aquel que nos redimiera. El "evangelio en miniatura" (Jn. 3:16) hace precisamente mención de este término su único para resaltar que Dios entregó lo mejor, el gran regalo, su propio Hijo. Por supuesto, es también una gran cuestión de fe el hecho de que Jesucristo sea el Hijo de Dios. No cabe en nuestra limitada mente la idea de un Dios hecho hombre, pero es fundamental para la verdadera fe sostener esta gran verdad. Caso contrario, veamos a sectas como los Testigos de Jehová, que han caído tan lejos de la verdad, haciendo de Cristo lo que no es, perdiendo totalmente la verdadera fe cristiana.

NUESTRO SEÑOR: He aquí el punto más relevante del segundo artículo. Así como antes resaltamos la importancia del "Padre", ahora nos detenemos a considerar el "Señor". Mucho es lo que implica este nombre, y mucho más cuesta reconocer y confesar a Jesucristo como tal! Es aquí donde nos empezamos a separar lo suficiente con respecto a la Iglesia Romana y otras confesiones cristianas. Es sobre la implicancia de este "Señor", donde comienza a haber diferencias de criterio. ¡Cuánto encierra este término! Ningún término iguala a éste; ninguna otra palabra puede definir tan bien lo que debe ser nuestra relación con Cristo, donde reconociéndole como Señor, automáticamente nos hacemos sus siervos.

¿Qué es confesar a Jesucristo como Señor? Es estar absolutamente convencidos que sólo por él somos salvos, que sólo por él vivimos y únicamente por él somos aceptos ante Dios. Nada seríamos ni nada significaríamos si no fuera por él. El nos rescató de la esclavitud del pecado, y ahora pertenecemos a él. Solamente aquellos que comprenden realmente el plan y el amor de Dios, pueden llamar a Jesús "Señor". El debe ser lo más importante y lo único importante en nuestra vida. No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos

(Hch. 4:12). Nada aparte de él nos lleva a Dios. Ni santos, ni la virgen María. El es el Señor y quiere ser el único Señor. El no quiere tener sentado en el trono de nuestra vida a ningún otro señor. Ni el ego, ni el amor por los padres o la novia, o algún otro ser sobre la tierra. Cristo sólo puede ser llamado "Señor", si el Espíritu Santo ha obrado en nuestros corazones (1 Co. 12:3).

Aquí son nuevamente dignas de citar las palabras de Lutero: "Creo que Jesucristo...es mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado...para que yo sea suyo y viva bajo él en su reino..." Ese es el verdadero señorío que debemos confesar acerca de Jesús; de lo contrario, nuestra condición será la de aquellos que le llaman ;Señor, Señor! y no hacen la voluntad de su Padre que está en los cielos.

En la Sagrada Escritura encontramos ejemplos reales y concretos en los que hombres movidos por el Espíritu Santo confesaron a Jesucristo como Señor. Tenemos el caso de Tomás, que luego de la desconfianza cae de rodillas ante Jesús exclamando: ;Señor mío, y Dios mío! También nosotros podemos confesar sinceramente el señorío de Jesús, pero sólo después de caer a sus pies con humildad, negándonos a nosotros mismos y aceptándolo como la cuestión número uno de nuestra vida.

Tenemos también el caso del apóstol Pablo, que en Gá. 2:20 dice: "Ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí". Cuando podamos hacer nuestras estas palabras, revelaremos que el Cristo del Calvario es nuestro verdadero Señor, y nosotros sus verdaderos siervos, "porque para esto Cristo murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven" (Ro. 14:9).

QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPIRITU SANTO: Aquí se informa acerca del dato divino por el cual queda realmente confirmado que ya desde la concepción misma Jesucristo fue verdadero Dios y verdadero hombre. Nuestra razón no puede discernir lo que es una concepción obrada por el Espíritu Santo, pero al confesar estas palabras, creemos firmemente lo que el ángel dijo a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual también el Santo ser que nacerá será llamado Hijo de Dios, porque nada es imposible para Dios" (Lc. 1:35).

NACIO DE LA VIRGEN MARIA: La formulación inmediatamente anterior y ésta, son probablemente las dos que tuvieron, en gran medida, el propósito de combatir los equívocos doctrinales de la época: el docetismo por un lado, y la negación de la divinidad de Cristo por el otro. El nacimiento de la virgen María es el dato que con mayor énfasis revela la verdadera humanidad de Jesús, puesto que el Redentor es, desde la concepción misma, verdadero hombre, lo cual tenía que ser así para que pudiese redimir y ocupar el lugar de los hombres en el castigo del pecado.

Con estas palabras no queremos ir más allá de la confesión de que Jesucristo es verdadero hombre, y no debemos adherir a la virgen ningún "santísima" o algo semejante, porque la gloria y el señorío son sólo para Dios, y María fue sólo un instrumento que por la gracia de Dios tuvo a su cargo el traer al mundo al Dios-Hombre. Cuando se cumplió el tiempo, "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer..." (Gá. 4:4). Lo que sí creemos y confesamos es que, por amor a nosotros, Jesús asumió la naturaleza humana, renunciando a su gloria y majestad, y poniéndose voluntariamente bajo la ley.

PADECIO BAJO EL PODER DE PONCIO PILATOS: Al emplear estas palabras, no queremos cuestionar ni juzgar la actitud del gobernador romano; el propósito de estas palabras está en que Jesús padeció en un momento histórico determinado. Prácticamente toda la vida de Jesús fue un sufrimiento, un renunciamiento al uso de su total majestad. Todo lo que llamamos "estado de humillación", se inició con la concepción misma, pero todo ello tuvo su culminación en un momento (*ΚΑΛΕΩΣ*) que históricamente coincidió con el gobierno de Poncio Pilatos, cuya actitud de maldad fue usada por Dios para obrar el bien en favor de todos. Para toda la humanidad, desde Adán hasta el último ser sobre la tierra, ese padecimiento "bajo el poder de Poncio Pilatos" significa el ser o no ser de una eternidad en gloria, o de una eternidad en condenación.

FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO: He aquí el momento culminante de la obra redentora. El Cristo debe morir porque "es mejor que muera uno, antes que toda la nación perezca" (Jn. 11:50). Con estas palabras confesamos que Cristo murió en nuestro lugar. El medio usado fue la crucifixión, como podía haber sido cualquier otro, pero la esencia de este hecho está en que el ino-

cente y santo murió por los pecadores, siendo nuestro perfecto sustituto. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). El Santo y Justo fue expuesto en un lugar de vituperio. Nosotros debimos estar allí, pero el Hijo de Dios ocupó nuestro lugar y cargó sobre sí nuestros pecados. Los tres verbos están dados en participio pasivo, lo que indica que fueron acciones descargadas sobre El, pero no rehusadas por él. Este cuadro del viernes santo termina con la sepultura, algo que parece mostrar una aparente victoria de Satanás, pero las palabras proféticas se cumplirían al pie de la letra: "Derribad este templo y en tres días lo reedificaré". Era necesario que esto ocurriera para que la muerte también fuera vencida. El "consumado es" se transforma en el sello final de la obra expiatoria; ahora la resurrección sería el triunfo definitivo y daría a conocer la conformidad del Padre con la obra de su Hijo, y el pilar de la esperanza para nuestra propia resurrección.

DESCENDIO A LOS INFIERNOS: ¿Por qué se menciona aquí un artículo de tan escaso fundamento escrito, y se dejan fuera otros tópicos que atañen a la vida del creyente? Aquí, sin duda, se quiere mostrar al Cristo que confirma su juicio sobre los incrédulos; los que le han negado tienen que oír que la condenación es veraz. Este tópico está en realidad fuera de cronología, porque la resurrección precedió al descenso a los infiernos. Cristo primero resucitó, y luego descendió a los infiernos para mostrarse victorioso; recién después se manifestó en forma visible como resucitado. Se debe tener cuidado, porque este acontecimiento forma parte del estado de exaltación y no del de humillación. Tampoco confesamos con esto que Jesucristo fue a dar una última oportunidad de arrepentimiento a los condenados (doctrina romana), sino que fue una predicación de juicio, el que se hará efectivo también en los que ahora no quieren oír su Evangelio, ni creer en él.

AL TERCER DIA RESUCITO DE ENTRE LOS MUERTOS: "Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe" (1 Co. 15:17). Nada tan cierto como estas palabras del apóstol Pablo. Nada tan infructuoso como la obra de Cristo, si todo hubiera terminado en el sepulcro. Pero la resurrección dio significado a todo lo que Cristo había dicho y hecho hasta el momento de su muerte. La resurrección confirmó su veracidad como profeta, sacerdote y rey. En la resurrección toda la potencia y la gloria de Dios se hicieron palpables. La

resurrección de Cristo fue el gran acontecimiento motivador que impulsó a los discípulos a predicar con denuedo por todo el mundo. La imagen del sepulcro vacío había marcado de tal manera la mente y el corazón de ellos, que cuando eran amenazados para que hablasen, respondían aún a riesgo de sus propias vidas: "No podemos callar lo que hemos visto y oído". Ese rotundo triunfo de Cristo que había marcado con fuego el espíritu y la voluntad de los discípulos, aún sigue siendo hoy el motivador de la predicación y de la confesión de todos los creyentes. Predicamos y confesamos, porque en definitiva ese triunfo es nuestro triunfo. Una victoria de la cual estamos seguros y que redundará para nuestra vida eterna junto a él.

El sepulcro vacío cobra verdadero sentido en nuestras vidas, sólo después que hayamos comprendido de la mejor manera posible la verdadera humanidad, pasión y muerte de nuestro Señor. La resurrección es el gran consuelo de todo aquel que confiesa a Jesucristo como Señor. No creemos en un Señor derrotado, sino triunfante, primicia de los resucitados.

Por más que hoy en día haya quienes quieren hacer de la muerte y resurrección de Cristo algo aparente, nosotros, sin embargo, al hablar de ello, no hablamos de algo aparente, sino de algo real y trascendente, algo único e inigualable, fundamento de nuestra vida y esperanza.

SUBIO A LOS CIELOS Y ESTA SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO: Jesucristo ha concluido su obra acá en la tierra, y ahora es exaltado hasta lo sumo, recibiendo un nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9). El Hijo de Dios es exaltado y por ello confesamos que él es Señor, para gloria de Dios Padre (Fil. 2:11). Al hablar de cielo no nos referimos a un lugar físico limitado, sino que creemos que Jesucristo en su poder y gloria llena todas las cosas y gobierna desde allí a su Iglesia. El estar a la diestra del Padre lo hace heredero y primero en el gobierno del universo. Aquel que sufrió y murió, ahora está nuevamente junto al Padre, y vendrá por segunda vez en gloria y poder, para juzgar a los vivos y a los muertos.

Y DESDE ALLI HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS: ¿Qué se da a entender con estas palabras? Que Jesucristo en el último día vendrá a dar fin a este mundo, y juzgará a todos en

en forma real. Todos seremos juzgados por nuestras obras, pero los que confesamos que El es nuestro Señor, no tememos ese momento, sino que estamos preparados para recibirle. Estamos confiados porque él ha pagado por nosotros, para que estemos libres de culpa. En cambio, los incrédulos, serán condenados eternamente; para ellos habrá terminado el período de gracia; serán ellos los protagonistas del "lloro y el crujir de dientes".

CREO EN EL ESPIRITU SANTO: Aquí el "creo" original parece haber perdido su fuerza. La formulación respecto de Jesucristo ha sido extensa, y todavía se han de enumerar varios artículos importantes. En realidad el "creo" inicial debería ser antepuesto a cada término, a cada punto del primer y segundo artículo. Pero, para que no sea una simple enumeración de artículos, ni se pierda el sentido de una verdadera confesión, aquí se repite este verbo.

¿Qué damos a entender con "Creo en el Espíritu Santo"? En primer lugar, creemos fehacientemente que el Espíritu Santo es Dios, tanto como el Padre y el Hijo. Junto al Padre y al Hijo es el único Ser Supremo. Creemos que procede del Padre y del Hijo, y es eterno junto a ellos. Este es un gran misterio dentro de la teología, que sólo la fe infundida por ese mismo Espíritu puede capacitarnos a creer. Es muy importante que sostengamos esto, puesto que muchas sectas ya han errado acerca de esta verdad, incluso algunos "hermanos luteranos" en los Estados Unidos.

Junto con el Dr. M. Lutero reconocemos y confesamos que por nuestros propios medios no podemos llegar a la fe, a no ser que el Espíritu Santo nos ilumine. Externamente se le atribuye la obra de la santificación. ¿Cómo lo hace? Lo hace por medio del Evangelio, llamándonos y después santificando nuestro ser, conservándonos en la verdadera fe, indicándonos qué hacer y qué no, dándonos fuerzas para servir a Nuestro Señor y aguardar su venida.

Quizás de una manera involuntaria no siempre lo tenemos por lo que es, ¡Dios nos perdone por ello! Pero, por otra parte, también sabemos que el Espíritu santo obra la fe donde y cuando le place (Conf. de Augs. Art. 5) y muchos han caído en el exceso, pretendiendo manejar al Espíritu Santo como si se atara a los antojos y caprichos humanos. El es el Consolador prometido por nuestro Señor Jesucristo antes de ascender al cielo. Gracias a este consolador, hemos llegado a la fe y somos lo que somos: creyentes reunidos en una Santa Iglesia Cristiana, comunión invis-

ble de todos los santos.

LA SANTA IGLESIA CRISTIANA, LA COMUNION DE LOS SANTOS: En la introducción se dijo que nosotros o los católicos romanos podríamos usar el credo para confesar nuestra fe, pero no lo haríamos significando lo mismo. Es quizás en este punto donde la brecha se hace mayor. ¿Qué creo con "una santa iglesia cristiana"? En primer lugar, creo que existe una iglesia invisible, única, santa y universal, formada por los verdaderos creyentes en Dios, ya que sólo ellos son sus verdaderos miembros. Al hablar de santa iglesia cristiana, la comunión de los santos, estoy convencido que el Espíritu Santo ha obrado y está obrando verdaderos creyentes. No podemos mirar el corazón de los demás, por eso creemos firmemente que existe una santa iglesia cristiana, edificada sobre los apóstoles, cuya piedra angular es Cristo mismo (Ef. 2:19-22). Con estas palabras no me refiero a la iglesia romana ni a la luterana. Sólo creo y asevero que hay una iglesia invisible de la que formo parte y dentro de la cual me siento en comunión con los demás creyentes. Una comunión basada en la fe en un sólo Señor y Salvador: Jesucristo. Un cuerpo formado por los santos santificados por el Espíritu Santo y que sirven a Dios por medio de obras santas.

Esa es la iglesia que confieso. Esa es la única y verdadera que Cristo fundó y gobierna; no otra. No una institución humana provista de una cabeza visible, que se atribuye derechos que sólo Cristo como verdadero Dios posee y ejerce. Tampoco una organización política cuya premisa fundamental es promover el bienestar social y material de los hombres.

La iglesia, la única y verdadera, al igual que Cristo, Su fundador, es divina y humana, viviendo en el equilibrio de sus dos dimensiones: Dios-hombre (vertical), y hombre-hombre (horizontal).

EL PERDON DE LOS PECADOS: Este es un punto crucial y significativo en la vida del creyente. El pecado es aquel mal hereditario que nos esclaviza y nos aleja de Dios durante nuestra existencia. Sólo la intervención de Dios hace que esa condición cambie. Primeramente perdonando la culpa de los pecados cometidos, y luego librándonos de la esclavitud, infundiéndonos una vida nueva de servicio y gratitud. ¿Qué confieso pues, al decir que creo en el perdón de los pecados? Con esto ante todo afirmo que

Dios por sola gracia y por los méritos de Cristo me perdona todos mis pecados diariamente...No necesito obrar nada, sólo debo confiar en Cristo, creyendo en su perdón, para que todos mis pecados sean borrados y arrojados en lo profundo del mar. Como hijo de Dios puedo recitar con júbilo el Salmo 51, ya que Dios en su gracia me perdona todos los pecados. Nada puedo hacer, nada debo hacer. Cristo ha hecho todo por mí. Sé que por Cristo, Dios no toma en cuenta mi maldad, y de este modo quedo reconciliado con Dios, porque la gran barrera que nos separa es eliminada (2 Co.5:19). Nuevamente discrepamos aquí con la Iglesia Católica. Sus fieles confiesan que para recibir perdón de sus pecados, deben pasar por la contrición, confesión y satisfacción. Pero nosotros podemos confiar absolutamente que somos absueltos de la culpa de nuestros pecados, porque "la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1Jn. 1:7).

LA RESURRECCION DE LA CARNE: Con estas palabras revelo la seguridad que me proporcionan las promesas de la Biblia. Confío en Cristo, confío en su resurrección y sé que él me levantará de entre los muertos en el día postrero. Todos resucitaremos con un cuerpo nuevo, pero no todos iremos a la gloria eterna, sino que muchos otros irán indefectiblemente a la condenación eterna. Sólo hay dos opciones después de esta vida. Si muero hoy, estoy seguro de que Dios me guardará hasta aquel día en que los sepulcros serán abiertos. También sé que en ese momento todo estará definido, y no habrá oportunidad para nadie de purgar sus culpas, sino que en el momento de mi muerte ya estará dado el juicio acerca de mi destino eterno.

LA VIDA PERDURABLE: Esta es la meta que persigo por la gracia de Dios. Estoy seguro de ella y por la obra de Cristo sé que la vida eterna me es reservada a mí y a todos los creyentes. "El que cree en el Hijo tiene la vida Eterna" (Jn. 3:36). Estas palabras son seguras en mí, y por eso estoy preparado para dar respuesta en razón de la esperanza que hay en mí. Creo que viviré en felicidad eterna junto a Dios, donde ya no habrá más llanto, ni dolor, ni clamor (Ap. 21:4). El AMEN es reflejo de que espero y confío en la fidelidad de Dios. Este Dios al cual he confesado me guardará y cumplirá en mí su promesa.

A Dios el Padre celestial, al Hijo, nuestro Redentor,
Y al Eternal Consolador, unidos todos alabad. Amén.

A. Schimpf